TRADUCCIONES

AL-MUQTABIS DE IBN HAYYĀN

Con este puñado de valerosos jinetes entabló las batallas más encarnizadas y derrotó a los enemigos más temibles del Emir. Entre ellos al mismísimo Ibn Ḥafṣūn, cuando éste assolaba la campiña de Córdoba con sus constantes ataques. Luego de derrotarlo, lo persiguió hasta la puerta de Bobastro, trayendo consigo a su vuelta, entre el rico botín, una tropilla de espléndidos caballos de combate.

El Emir ʿAbd Allāh estaba orgulloso de su general y le amparaba de la envidia y de las intrigas de sus rivales en la corte. Tal era la confianza que depositaba en el general en jefe de sus ejércitos, que le había dado carta blanca cada vez que saliera en una razzia, en son de guerra y de conquista por las provincias de Andalucía que se negaban a someterse al régimen del gobierno de Córdoba. Las arcas del gobierno se llenaron de oro y las contribuciones fueron percibidas en cantidades mayores.

Las derrotas que sufriera el renegado Ibn Ḥafṣūn frente al valeroso Ibn Abū ʿAbda, determinaron a aquél a buscar alianza con Ibrāhīm b. Ḥayyāy, que tenía bajo su contralor a la provincia de Sevilla, no obstante ser Ibn Ḥafṣūn un muladí renegado y Ibn Ḥayyāy un árabe puro.

Empero, el odio de Qurais y la disparidad de ideas con el gobierno central fueron causa de esta alianza. Sabedor de esto Ibn Ḥafṣūn, se apresuró a ensanchar la brecha de la disidencia y del desacuerdo contra el Emir, firmando el pacto para mayor tranquilidad suya y para inspirar confianza a su coligado.

A los dos años de concertada esta alianza se reunieron los dos jefes en Carmona, ciudad de Ibn Ḥayyāy, rindiéndose mutuos homenajes y gastándose en cumplimientos y muestras de cordialidad. Acordaron acudir el uno en auxilio del otro cuando se necesitara de sus mutuos servicios, ya en guarniciones de infantería, ya de caballería.

Capitaneaba la caballería sevillana de Ibn Ḥayyāy, un noble árabe llamado Faḡīl b. Abū Muslim de Sidona, considerado el más valiente y el más adelantado en el ejército de Ibn Ḥayyāy. A más de valiente, era un militar de gran experiencia y un estratega de valía, cuya opinión era muy tenida en cuenta ante su señor.

Un día asistió a un consejo de guerra en que se trataba de combinar el ataque al general Abū Al-°Abbas Aḥmad b. Muḥammad b. Abū °Abda. Trazado el plan de combate, atacó Ibn Ḥafṣūn al general realista por sorpresa y, tras una cruenta batalla y heroica resistencia de Abū °Abda y viendo que un contraataque en esta circunstancia sería un suicidio, recurrió a su estratagema ordenando una retirada que se realizó en forma ordenada, salvando con esta maniobra a los defensores de la Ley.

Advirtió Ibn Ḥafṣūn la hábil operación del general realista y ordenó reagrupar a los ejércitos coligados, esperando sorprenderlo de nuevo y no darle tregua, pues, en su opinión, la retirada del ejército enemigo no era más que signo de debilidad y agotamiento. Y mientras las fuerzas facciosas se dirigían hacia el campo de batalla, ya Ibn Abū °Abda había alistado bien a su caballería e inflamado bien el espíritu de sus tropas. En cuanto al noble Faḡīl, no había aprobado la reanudación del combate y, en tal sentido, manifestó a Ibn Ḥafṣūn, el general en jefe, su opinión, quien la rechazó de plano. Pero, a pesar de la protesta de Faḡīl, no tuvo Ibn Ḥayyāy inconveniente de aprobar la resolución de su aliado. Y una vez que ambos ejércitos se hallaron de nuevo frente a frente, Abū °Abbas, el general Umayya, gritó a su caballería: «A la carga, caballeros de Córdoba!» Éstos se precipitaron como leones sobre el enemigo, pero con tanto ímpetu que en una sola carga arrollaron las filas enemigas, obligando a Ibn Ḥafṣūn y a su estado mayor a una vergonzosa fuga. Fue un momento en que las espadas realistas comenzaron a herir a los enemigos, que se desbandaban en todos sentidos, dejando en el campo de batalla a sus heridos y muertos, que se contaban por millares. Tuvo una brillante actuación en esta batalla °Abd Al-Wahid Al-Ruḡī, un oficial del ejército gubernamental, que era arrojado, sereno y muy mesurado. También otros lucieron actos de heroicidad frente a los renegados, de los cuales sucumbieron ese día mil quinientos soldados.

Este desastre fue previsto por Faḡīl, y para eludir ese combate le había aconsejado a Ibn Ḥafṣūn no aceptarlo y abandonar su plan de volver a enfrentarse y medirse con Ben Abū °Abda, cuya estrategia conocía. Entre ambos adalides hubo la siguiente controversia:

— Tú bien sabes — decía Faḡīl a Ibn Ḥafṣūn — que eres la cabeza

buscada como el mejor botín. No te arriesgues ni desprecies al ejército de Ibn Abū 'Abda. Si es verdad que su ejército es inferior en cantidad al nuestro, es, con todo, de tenerlo en cuenta por su excelente calidad; y el hombre, tal como lo conoces, es muy valiente, altivo y lleno de amor propio; y, aunque se reuniera toda Andalucía contra él, no aceptaría huir del campo de batalla ni volver las espaldas a sus enemigos. Pretender lograr dos triunfos en un mismo día sería desafiar a Dios y faltar a su divino poder, negándole el bien que te ha concedido en tu primer combate. Has triunfado sobre él ahora, dejándole largo tiempo pensando en su derrota, avergonzado del golpe que le has dado. Pero, ¿estás seguro ahora de volver a vencerlo por segunda vez? Déjalo, pues, que siga su camino y tú goza de tu triunfo logrado ya.

— Cuán lejos está Ibn Abū 'Abda de volver a resistirme ahora — replicó Ibn Ḥafṣūn, rechazando la sugerencia de Faḡīl Al-Ḥaḡḡāy y tratando de serenarle el ánimo. De lo que me dices de él hasta la realidad hay gran trecho. Te aseguro, noble caballero, que apenas sepa ese general Umayya que hemos salido contra él, largará la rienda de su caballo para huir volando. Suerte suya sería si emprendiera hoy su fuga, pues mañana entraría solo en Córdoba y salvaría su cabeza.

Faḡīl se levantó y mandó traer sus armas y, mientras se afirmaba en la montura de su corcel, exclamó: ¡Oh, Dios mío! Tú bien sabes que soy inocente de todo el mal que sobrevendrá de este descabellado proyecto. Sálvame de su fatal consecuencia y de su error.

Sobrada razón tenía Faḡīl; pues la suerte volvió las espaldas al ejército que comandaba Ibn Ḥafṣūn, y el triunfo de Ibn Abū 'Abda fue aplastador.

Informado el Emir 'Abd Allāh de la victoria de sus tropas por una carta del general en jefe, cuyas noticias aguardaba con impaciencia, e irritado contra los coligados, subió a la sala de la terraza, que daba a la puerta del trono y ordenó le trajeran a su presencia a 'Abd Al-Raḡmān b. Ibrāhīm b. Ḥaḡḡāy y al sobrino de 'Umar b. Ḥafṣūn, que se hallaban como rehenes en garantía de la obediencia de los suyos. El sobrino de Ibn Ḥafṣūn fue decapitado primero; pero, cuando iban a hacer lo mismo con el hijo de Ibn Ḥaḡḡāy, Badr, un eunuco del Emir 'Abd Allāh, que se hallaba detrás de su señor, en compañía de otros miembros de la corte, se adelantó e, hincándose de rodillas delante del Emir, le dijo:

— Señor, tengo un consejo que darté y te ruego que lo escuches, aunque no es de uno de mi clase el dar un consejo a su soberano.

— ¿Qué consejo me traes?, replicó el Emir.

— Señor, el sobrino de Ibn Ḥafṣūn acaba de ser ejecutado por man-

dato del implacable destino, cuya ley es irrevocable; mas, si haces matar al hijo de Ibn Ḥayyāy, unirás a los dos en una alianza en tu contra mientras vivan; y toda divergencia que hubiera entre ambos se disiparía frente a la venganza común. Ibn Ḥayyāy es árabe, y su voluntad se podrá ganar a tu favor, mas no así la de Ibn Ḥafsūn, que es un renegado muladí, cuyo odio no se aplacará jamás.

Expuso el Emir la cuestión a sus visires, y todos aprobaron la idea de Badr admirando su perspicacia, y quedando todos contestes en que había de perdonarse la vida al hijo de Ibrāhīm b. Al-Ḥayyāy y devolvérselo a su padre. Por su parte Badr se constituyó en garantía ante el Emir por la vuelta de Ibn Ḥayyāy a la obediencia. Igual cosa hizo Al-Taʿyibi, tesorero del Emir, quien redactó una nota en que hacía constar que entraba con Badr de fiador de la obediencia de Ibn Ḥayyāy y de su clan, comprometiéndose a atraer al caudillo rebelde a la causa del Emir. Tanto Badr cuanto Al-Taʿyibi conocían bien a Ibn Ḥayyāy, con quien les ligaba amistad de tiempos atrás.

Ordenó el Emir la libertad de °Abd Al-Rahmān, hijo de Ibn Ḥayyāy, y le hizo objeto de regios presentes, nombrándolo además gobernador de Sevilla, y a su hermano Muḥammad le destinó el gobierno de Carmona. Tanto la entrega de los presentes cuanto los nombramientos fueron confiados a Al-Taʿyibi para que los entregara personalmente a Ibrāhīm. Éste, lleno de alegría, aceptó todas las condiciones impuestas por el Emir, entrando en la obediencia. Antes de partir Al-Taʿyibi se convino con Ibrāhīm en que éste llevaría todos los años al tesoro tributos de los impuestos municipales; que, sin romper sus relaciones amistosas con Ibn Ḥafsūn, dejaría de ser su aliado militar, debido a circunstancias especiales. Y mientras mantenía cordiales relaciones con Ibn Ḥafsūn, cumplía Ibrāhīm con el Emir todas las obligaciones convenidas. Algunas veces llegaba a mandarle tributos dobles acompañados de obsequios personales de mucho valor.

La situación de Córdoba mejoró mucho desde entonces y, a raíz del libre tráfico entre Córdoba y Sevilla, y debido a la alianza de su señor con el Emir, prosperó el comercio en forma inusitada, lo cual dio motivo a la apertura de un nuevo centro comercial en Córdoba.

En reconocimiento del servicio prestado por Badr, llamó el Emir a éste y le elevó de categoría, dándole un lugar en el Consejo de Ministros.

El qadī Ibn Al-Farḍī comenta diciendo que era Ibrāhīm b. Ḥayyāy b. °Amīr b. Ḥabīb b. °Amīr de la tribu de Lajm, de una familia noble de los árabes de Homs, que residían en la ciudad de Sevilla. Tenía tres hermanos: Yusuf, Sulaimān y Muḥammad de Banū Ḥayyāy b. °Amīr.

Su padre, Ḥayyāy b. ʿAmīr, abuelo de Banū Ḥayyāy, tenía hermanos, entre los cuales citase a Sāyyid¹. Éstos son los que han tenido en Córdoba actuación brillante sirviendo al gobierno, heredando la ascendencia y alta posición de su hijo, el jefe del clan Muḥammad b. Aḥmad b. Sāyyid b. ʿAmīr, que era un escritor perfecto, un poeta consumado y un gramático de autoridad muy respetada entre los Doctores.

Es por tal motivo que Ibrahīm atraía a su palacio a los poetas y a los hombres de letras y los hacía objeto de agasajos y obsequios, causa por la cual acudían a su corte y le ofrecían sus qasidas laudatorias.

La protección que Ibn Ḥayyāy daba a los poetas le hizo muy célebre, y esta fama traspuso las fronteras de Andalucía. Un día llegó hasta su palacio un árabe del Ḥiḡaz muy erudito y versado en cuestiones lingüísticas. Se llamaba Al-ʿUḡri con el tratamiento de Abū Muḥammad y tenía un excelente estilo de versificación, elocuencia para narrar anécdotas y episodios históricos. Ibn Ḥayyāy lo acogió bien en su palacio y lo distinguió entre los demás colegas que acudían a Sevilla, permaneciendo el poeta en tan ilustre hospedaje hasta que murió en dicha ciudad.

Son de Al-ʿUḡri estos versos que compuso sobre la bellota andaluza, cuyo sabor le gustó al extremo de compararla con el dátíl de Ḥiḡāz. En su poema recuerda a su camello y añora su patria:

Añoró mi consorte la bellota andaluza,
mas cuando vino a un país donde la bellota abunda,
de nuevo añoró al datilero.
Entonces trajo a mi memoria
los recuerdos del amor
de un corazón eternamente enamorado
palpitante y desconcertado.

Dijo Abū Marwān Ibn Jalaf: En mi opinión, el sentido de estos versos ha sido tomado de otros que una beduína árabe recitó, haciendo una comparación entre la azufaifa de su país y el dátíl de la región de su esposo. Dice así:

No habrá quien remedie este corazón
que está enfermo de amor;
entre el amor de esposa dividido
y entre lo que dejó atrás.

¹ Como el texto árabe no lleva puntuación (acentuación), se admite que 'Sāyyid' sea Sid y no Cid (Sid es «el señor») que en español se escribe con sibilante dental, a pesar de tener ambos idiomas las dos clases de sibilación. — *N. del T.*

Añora la azufaifa y cuándo llega
a un país donde la azufaifa abunda,
ansía volver al datilero ¹.

Año 288

En este año solicitó Ben Ḥafṣūn su retorno a la obediencia, mas el Emir, que se hallaba preocupado en otros asuntos, no se prestó a darle a éste la importancia debida. No obstante ello, volvió Ben Ḥafṣūn a escribir al Emir, enviándole al mismo tiempo sus representantes hasta que logró concertar una paz con Córdoba. Entregó rehenes al Emir, seguridad que éste aprovechó para dirigir ese año su expedición veraniega a la provincia de Sidona y lugares adyacentes, y recoger los tributos.

Historia de la aparición y muerte del supuesto Mahdi, conocido por Ibn « Al-Qitt » (hijo del Gato) de la tribu de Qurais̄

Dijo ʿIsa b. Aḥmad Al-Razzī : En este mismo año (288) alzó el estandarte de la guerra del « Ḥahād », surgiendo de Córdoba, Aḥmad b. Muʿwāia b. Muḥammad b. Ḥiṣām b. Muʿwāia b. al-Amir Ḥiṣām b. ʿAbd Al-Raḥmān b. Muʿāwiya b. Ḥiṣām b. ʿAbd Al-Mālik b. Marwān, declarándose contrario al Emir ʿAbd Allāh, a quien le imputaba incapacidad para continuar representando dignamente el emirato de los musulmanes. En su prédica llamaba a los fieles a practicar el bien, alejarse y abstenerse de todo acto indigno y que desagradara a Dios. Este príncipe de Umayya fue instruido y secundado por el pérfido conocido por Abū ʿAlī Al-Sarrāȳ, aquel hipócrita que, mientras simulaba ser un místico piadoso, atizaba el fuego de la rebelión e incitaba a los musulmanes a sacudir su yugo. En nuestra crónica anterior hemos hablado de este hombre que frecuentaba las fronteras y predicaba la guerra religiosa (Al-Ḥahād).

Escogió Al-Sarrāȳ a este príncipe Qurais̄i y le inició en su ciencia oculta, para luego pactar con él y salir a predicar y propagar su causa y

¹ Seguidamente Ibn Hayyān repite la anécdota del poeta Qalfat̄ con Ibn Ḥayfāȳ esa misma que hemos traducido y que se encuentra en página (24). El poeta Al-ʿUḍri había empleado la misma métrica e igual rima que los versos cantados por esta mujer. En cuanto al sentido, como se ve, es el mismo. Al ʿUḍri cambió la palabra azufaifa por bellota. Propiamente dicho, tampoco es azufaifa, sino *Arlat̄*, nombre de un árbol que produce fruto igual al de la azufaifa. — N. del T.

llamar a los musulmanes a alistarse bajo su nuevo estandarte y sostener sus derechos al trono. Accedió el Quraiṣī a los consejos de su instructor Al-Sarrāy y le otorgó todo cuanto le había pedido, y después que hubieron terminado los preparativos, salieron juntos pasando por el castillo de Barqū (Monte de las Encinas) y las sierras de los Bornos, llamando a la gente a restituir el Reino de la Verdad y a acabar con el predominio de la mentira y del engaño.

Su prédica excitó a la gente y atrajo a su causa a los adeptos de las órdenes religiosas y a las tribus de toda esa región. Les predecía el porvenir, y con sus profecías alimentaba de fe y esperanza a los incautos, que, enceguecidos por las promesas de una vida mejor, le seguían y le obedecían como un solo hombre.

Inflamados por esta prédica que incitaba a la guerra de Al-Ŷahād, alzaronse en armas en defensa y protección de la religión. Censuraba acerbamente este Quraiṣī la conducta del Emir ʿAbd Allah, Iman de los musulmanes. Sus discursos causaron en el ánimo de éstos honda sensación por lo cual abandonaron sus hogares y sus trabajos, alistándose bajo su pendón. Organizó un ejército con estos fanáticos y crédulos y, después de inflamarlos de entusiasmo y fortalecer su espíritu para la lucha por la santa causa, los condujo hasta Barguila. En Nafza hizo su aparición y empezó a llamar a la gente de esta tribu y a los clanes de los bereberes para que le siguieran, diciendo que era Al-Mahdī Faiz Al-Din y Protector del Islam.

Este llamamiento fue coronado por el éxito, pues todos los pobladores de esa región acudieron a alistarse bajo las banderas de Aḥmad, quien enviaba sin cesar sus mensajeros a los musulmanes del Mediodía y del Este, propagando la guerra santa y llamándolos a sacudir el yugo. Prometía a los secuaces una victoria segura y un triunfo insospechado sobre sus enemigos, los gallegos, que habían tomado a Zamora por baluarte. Esta ciudad estaba en ruinas y fue reedificada por el tirano Adfons — Alfonso — para hacerla habitar por los cristianos. Entre ella y León, una de sus grandes ciudades, había una distancia de dos jornadas.

El poderío de Zamora y su permanencia largo tiempo fuera del alcance de los árabes, infundían un pánico permanente en todos los islamitas, y principalmente los leoneses, que saqueaban su hacienda, atacándolos en sus propias casas. Y decían los árabes entre sí: Los ataques y los daños que nos están causando los leoneses se producen en igual forma que los daños que estamos soportando por causas internas. Y ahora, ¿qué será de Zamora? Ya los cristianos están cerca de nosotros hostilizándonos y saqueándonos, sin poder defendernos de estos enemigos, que son más

fuertes y más aguerridos. Entre tanto el Emir se halla incapaz de defender la Frontera por encontrarse, según quiere hacernos creer, ocupado en sus guerras contra los renegados y los disidentes de las otras provincias, cuando no sofocando las rebeliones y poniendo fin a las luchas intestinas, que son provocadas por el odio y el rencor que minan las tribus y los clanes; dividiéndose entre sí, reinando la confusión y el desorden. Ya se extinguió el fuego del Īhāh y la vida Īhīlī volvió a su lugar primitivo y salvaje; las ciudades y las aldeas fronterizas se ven obligadas a vivir bajo la clemencia y a merced de los cristianos, adulándolos, sometiéndose a sus arbitrariedades, y ello es debido a las luchas constantes entre ellos, los árabes y sus vecinos renegados.

No obstante este malestar general, los musulmanes de la frontera deseaban vivamente reanudar su Īhād y miraban a su enemigo que moraba allende la Frontera, ardiendo en deseos de eliminarlo, pero sin poder moverse de sus lugares por falta de recursos propios y de ayuda del gobierno.

Cuando los emisarios de Aḥmad llegaron hasta ellos y fueron leídas sus cartas y mensajes, apoderóse de ellos un gran júbilo y con aquel deseo vehemente de realizar su tan soñado proyecto — la conquista de Zamora — acudieron todos en masa, en torno de un Emir noble, como si acudieran al dictado de un mensaje del cielo o de un designio oculto y sobrenatural. En poco tiempo se reunieron en derredor de él más de sesenta mil soldados entre caballería e infantería. Con este ejército marchó desde Nafza hasta la ciudad de Zamora, baluarte de los herejes. Cruzó el río Taḡa — Tajo — seguidas de esas masas crédulas e ignorantes que veían en él una misteriosa protección. Este supuesto Mahdī les profetizaba y les prometía la conquista de Zamora y la de otras ciudades, y les aseguraba que las murallas de las fortalezas y de las ciudades caerían al aproximarse él y se abrirían a sus pasos.

Sugestionada la muchedumbre por tal prédica, sintió por él una especie de adoración, al punto de tomarlo por el verdadero Profeta, debido a la ignorancia de esa gente y a su necedad.

Montaba un caballo que sudaba abundantemente, y al ser interrogado del porqué de tanto sudor con relación al de los caballos de los otros jinetes, respondía: Toda vez que le hago pasar por un lugar que quiero dominar, los ángeles de tal lugar me atraen para que me detenga en su Morada; pero estoy obligado a correr velozmente a la par de los otros ángeles que salen en mi compañía. Es por eso que mi caballo transpira tanto.

Otros decían que este supuesto Mahdī tomaba varias varillas secas y,

después de introducirlas en su manga, las estrujaba y sacaba de ellas un líquido igual que el agua para beber. Hacía esto con la destreza del prestidigitador, pero él embaucaba a la gente diciéndoles que ésta era una gracia que Dios le había otorgado, y que les habría hacer ver milagros mayores en su debido tiempo, mediante su voluntad divina.

Mientras conducía este ejército contra Zamora, acudían a enrolarse en sus filas, bajo sus pendones, soldados de Toledo, Talavera, Guadalajara y otros de las regiones vecinas. Pero sucedió que durante la marcha, y cuanto mayor autoridad y respeto cobraba a los ojos de sus soldados, tanto más excitaba la envidia de sus primeros amigos y la de sus más leales predicadores de la tribu de Nafza y, principalmente, de Ráglal (?) b. Ya'is̄, que, temeroso de ser suplantado en su cargo como jefe de su tribu, se arrepintió de haberlo seguido, confiando a sus leales allegados su plan de eliminar del medio al supuesto « profeta » en la primera oportunidad; pero, como ésta no se presentaba, convino Ráglal (?) con los otros conspiradores abandonar la batalla una vez iniciada.

Un día, cuando Aḥmad hubo completado la reorganización de su ejército, formado de hombres de todos los lugares de la Frontera que ya hemos citado, se ocultó de su gente por varios días. Su ausencia excitó tanto al ejército cuanto a la oficialidad, que quería verlo y oír su palabra, pues era tanto lo que se hablaba de sus milagros y prodigios. Enviáronle emisarios con tal propósito para pedirle se presentara a la vista de sus seguidores. Accedió Aḥmad y se presentó montando un caballo pardo. Iba vestido de traje blanco y cubría su cabeza con un turbante del mismo color. Blancos eran también los cintos y tiradores que sostenían su espada. Pasó revista a las tropas y, luego que el público le hubo visto en este aspecto esplendoroso, se dirigió a su pabellón. Al llegar cerca del mismo, espoleó su caballo en forma brusca que lo asustó, sacudiendo el animal a su jinete a punto de echarlo por tierra; pero Aḥmad logró incorporarse y estabilizarse sobre su cabalgadura, aunque no pudo evitar el ridículo. Censuró la oficialidad esta rara actitud de su jefe supremo, sobre todo por haberlo hecho en un acto tan solemne en que no supo obrar con serenidad ni conforme exigía el momento. Y llegada que hubo la oportunidad, condujo a su ejército hasta las márgenes del gran río Dueró, pasando los pueblos habitados por los musulmanes para terminar luego cerca de Zamora. Desde allí escribió una carta violenta al impío Adfons — Alfonso b. Arđun, rey de Galicia — y a todas las regiones gobernadas por notables cristianos, amenazándoles con descargar sobre sus cabezas rayos fulminantes, si no acudían a su llamado de abrazar el islamismo inmediatamente. Ordenó a su emisario de recabar del rey cristiano

una rápida respuesta y no permanecer un minuto entre ellos, y que una vez obtenida la respuesta negativa volviera volando a darle la noticia. El texto de esta carta es muy célebre entre la gente de la Frontera.

Cuando el mensajero hubo entregado la carta a Alfonso, que en ese momento se hallaba en la ciudad de Zamora rodeado de la alta oficialidad, y luego que le fue traducida, se conmovió de ira e indignación con sus nobles y, queriendo castigar la osadía de Aḥmad, ordenó iniciar la marcha inmediatamente contra las tropas musulmanas. Una vez a orillas del río Grande — Duero — frente al enemigo, se entabló el combate entre ambas caballerías. Después de una lucha sangrienta la suerte fue adversa a los leoneses, que, sin poder resistir el enérgico empuje de los islamitas, huyeron a la desbandada. Las fuerzas berberiscas, después de derrotarlos, les cortaron la retirada de Zamora y los empujaron hacia el interior del país. En esta batalla hubo muchos muertos y heridos de los cristianos, más que de los musulmanes. En su persecución los acuchillaban por la espalda. En su fuga los cristianos llegaron a un río profundo y de paso muy estrecho y abrupto, llamado Arduni, en las inmediaciones de Zamora. En este difícil paso los musulmanes causaron una terrible matanza de fugitivos, que huían hacia Zamora. Los que lograron atravesar el río y escapar de las lanzas islamitas se lanzaron campo adentro, logrando salvar una distancia de más de diez millas, dentro de su región.

Este resonante triunfo aumentó más la envidia y el odio del malvado Ráglal (?) b. Ya'īs, y del clan de Nafza, y dijeron entre sí :

— Esta gran victoria nos ha restado influencia ante nuestras tribus y ha desbaratado nuestro proyecto. De seguir así, no podremos tener más autoridad entre nuestra gente. Debemos enmendar nuestro error antes de que sea tarde ; y, ya que no podemos llegar hasta él y eliminarlo, abandonémosle y toquemos a retirada.

Y así hicieron. Hablaron y convencieron a sus correligionarios y, cuando llegaron a las avanzadas, recogieron sus objetos y todo lo que les pertenecía, propalando entre el ejército que el enemigo había infringido a Aḥmad una derrota aplastante y que en esos momentos los cristianos perseguían a los musulmanes.

El pánico cundió en las filas del ejército de Aḥmad y, buscando su salvación en la fuga, la mayoría de sus soldados corrió hacia el Duero ; mas los cristianos de Zamora, al enterarse del desbande del enemigo, hicieron su salida y le persiguieron, acuchillándolos en el momento en que lo estaban atravesando. La matanza fue terrible en esa travesía, pues el ejército cristiano buscó allí, en el lecho del río, su desquite ; pero, al

llegar a la otra orilla, la izquierda del gran Duero, fueron detenidos por el grueso del ejército musulmán, que había tomado posición para impedirles el paso. Pese a ello, los musulmanes no pudieron resistirlos mucho tiempo. Aprovechando la noche, parte de ellos desertó, huyendo y abandonando al Mahdī. Éste seguía alentando a las huestes que le quedaban, prometiéndoles la victoria. Al rayar el día se entabló la lucha entre ambos ejércitos, sin definirse a favor de ninguno, aunque los cristianos iban estrechando el cerco y presionando. Tomaban prisioneros a los que huían de noche, y pasaban a cuchillo a los que se resistían. De esta suerte iban vigilando estrechamente a los musulmanes. Al amanecer del tercer día los cristianos arrojáronse con todo ímpetu sobre sus adversarios, cuyo supuesto Mahdī cayó en la cuenta de que estaba perdido.

Desvanecida toda esperanza, abandonado de casi todos sus soldados, no quiso Aḥmad sobrevivir a la deshonra. Hincó sus espuelas en los ijares de su corcel y se lanzó al combate enfrentando cara a cara al enemigo. Peleó valientemente en compañía de un puñado de amigos leales, hallando todos la muerte en el campo de batalla.

Los cristianos, después de apoderarse de toda la máquina de guerra de Aḥmad y saquear todo el campamento, que le proporcionó un rico botín, cortaron la cabeza de « Ibn Al-Qitt », ese príncipe Umayya que se hizo pasar en vida por el Mahdī. El rey Alfonso ordenó que esta cabeza estuviera colgada en la puerta de Zamora.

Esta derrota, en que los musulmanes sufrieron muchas bajas, aumentó la audacia de sus enemigos, los leoneses, quienes sin pérdida de tiempo empezaron a tomar el desquite, maltratando a los islamitas.

Dicha batalla es conocida entre los habitantes de la Frontera por « el día de Zamora », y acaeció diez días antes del fin de Raḡab, el año 288 de la Hégira.

Lo que dijo ʿIsa ibn Aḥmad sobre el particular

Dijo ʿIsa b. Aḥmad : Encontré de puño y letra del califa Al Ḥakam Al-Mustansir Billāh una crónica que habla de ese Ibn Al-Qitt que se rebeló contra su bisabuelo, el Emir ʿAbd Allāh. Dijo : Contóme el qadi Muḥdir b. Saʿid, que dijo : Salió este Ibn Al-Qitt de Córdoba con una misión secreta cuya finalidad era derrocar al gobierno central y asumir su dirección. Con esto aspiraba al trono. Hospedóse en Karḡa, en casa de un primo nuestro, permaneciendo allí casi un mes, pero sin revelar su pro-

yecto ni darse a conocer. Salió de allí y se alojó en Nafza, entre los del clan de Banū Rašid, que habitaban Guadana. Su estancia entre esta gente duró varios meses, durante los cuales se quitó su antifaz y reveló su secreto, comenzando desde entonces su prédica, instándolos a levantarse en armas. Extendió su propaganda a las comarcas vecinas, que, fascinadas por su método persuasivo y su promesa de dar a los musulmanes un poderío sin límites, aceptaron reunirse bajo su estandarte, logrando reunir a mucha gente. Sus cartas y emisarios hicieron su entrada en Mérida, Badajoz, Toledo y otros lugares de la Frontera, que se prestaron todas a secundar su causa. En dicha ocasión se formó un ejército a las órdenes de ese hombre de quien no se recuerda haber visto otro igual. Con esas fuerzas atacó a Zamora, la ciudad más inmediata de las de Galicia. En la primera batalla derrotó a los cristianos, mas en los subsiguientes combates fue traicionado por los musulmanes de la Frontera, en el momento en que se hallaba haciendo frente al enemigo y que, por lo tanto, era el decisivo. Peleó con las pocas huestes que le quedaron, hallando todos allí la muerte. Durante el tiempo en que predicaba la guerra de Al-Ŷahād hasta su muerte, Aḥmad fue muy venerado por sus secuaces.

Mi tío materno, que había asistido a esta expedición, me dijo que, cuando Ibn Al-Qitt empezó a formar su ejército, daba órdenes con señales, sin hablar, corrigiendo de este modo cualquier infracción o irregularidad que advertía dentro de las filas. Eran órdenes que impartía con el movimiento tan sólo de la manga de su hopalanda, que eran, empero, interpretadas y acatadas en el acto.

Contóme uno de los Meknesies lo siguiente: « A raíz del movimiento que encabezó el supuesto Mahdī, apodado Ibn Al-Qitt, nos visitó un hombre que montaba en un burro, vestía un sayal de lana y calzaba albarcas de esparto. Al preguntarle: « ¿quién eres tú, buen hombre? », nos respondió: « Soy Abū °Alī Sarrāy ». Dijo esto y tomó camino de Córdoba. Entonces, tiempo después, supimos que era su secuaz y emisario.

Dijo °Isa: Muḥammad b. Hišām, apodado injuriosamente Al-Qitt, es abuelo de Aḥmad, que se hacía pasar por Al-Mahdī. Era éste de extraordinaria belleza física, en cuyo honor el poeta Mumin compuso estos versos para el cantor Mansur:

Decid a Mansur
 en honor de las cuerdas y el laúd:
 haz justicia con aquél que apodaron
 hijo del Gato despectivamente,

siendo en verdad más bello
 que la luna llena.
 Hombre más bello Allāh no ha creado
 como él.
 Juro por Aquél
 a quien Quraiš veneró en su santuario
 y en sus días diez,
 que es de Harut la belleza y los ojos
 que hechizan al mirar.

Citó también Mu[°]āwiya b. Hišām Al-Šabinsi a Ibn Al-Qitt en su tratado de genealogía. Dijo: Es Abū Al-Qāsim Aḥmad b. Mu[°]āwiya b. Hišām b. Mu[°]āwiya b. al-Amir Hišām b. [°]Abd Al-Raḥmān b. Mu[°]āwiya, hombre que se había consagrado al estudio de las ramas de la ciencia, y, principalmente, a la Astrología y la ciencia oculta. Era muy despierto, enérgico y, al mismo tiempo, huraño y de trato áspero. Se rebeló contra el Emir [°]Abd Allāh b. Muḥammad durante la insurrección general, reclamando para sí el emirato de Córdoba, e incitando a los musulmanes a la guerra de Al-Ŷahād. Propagó su causa en el Mediodía y por las regiones habitadas por los berberiscos. Hacía vida de asceta y santón, y predicaba la fidelidad al islam y el Ŷahād — guerra santa — contra los infieles. Reunió mucha gente de los berberiscos del Mediodía, del Centro y del Oeste, y de los habitantes de Toledo y Talavera. Con este ejército marchó sobre la tierra de Galicia, dirigiendo su primer ataque a Zamora, el año 288. A la sazón reinaba Alfonso b. Ardun, con quien se trabó en una batalla que duró tres días. Traicionado por los adalides berberiscos, que le abandonaron en plena batalla campal, permaneció solo, resistiendo con los pocos soldados leales que le quedaban los embates del enemigo. Encontró su muerte al lado de su reducida guarnición. Pocos de los suyos se salvaron en la contienda.

Dijo: Era Aḥmad un hombre de extraordinaria belleza y de un rostro perfecto y de facciones muy nobles.

En este año se desbordó el río de Córdoba, pasando por encima del puente. Algunos de sus arcos se averiaron en su base.

Año 289 de la Hégira

En este año reanudó el astuto y desleal Ibn Ḥafṣūn sus hostilidades contra el Emir [°]Abd Allāh, faltando a su palabra. Atacó la campiña de Córdoba y se apoderó de sus rebaños de ovejas, que pacían campo

afuera. El gobierno central mandó la caballería para repeler las incursiones del enemigo, rechazándolo. Ordenó luego dar muerte a tres de los rehenes de Ibn Ḥafṣūn, que eran cuatro: Jalaf Al-Jazan, Al-Qaṣṭali — el castellano — y Ibn Fachat, libertando a Sa'īd b. Walīd b. Maṣtana.

Año 290 de la Hégira

En este año atacó el general Abū Al-°Abbas b. Muḥammad b. Abū °Abda la ciudad de Jaén, apoderándose de ella y tomando prisionero a °Umar b. Muḍm, a quien condujo a Córdoba. En este mismo año los dos ṣaijes de Toledo, Mutārrif b. Habil y Yaḥia b. Qattām solicitaron de Lope b. Muḥammad b. Lope Al-Qaswi, señor de la alta Frontera, formar una alianza y que viniera a tomar posesión de Toledo. Les envió a su hermano Mutārrif b. Muḥammad, quien fue proclamado a su entrada dueño y señor de dicha ciudad. Sucedió esto siete días antes de fin del mes de D'ul Ḥuḡat.

En el citado año se produjo un eclipse de sol que fue visto en Córdoba y en los lugares vecinos, el día miércoles, un día antes de finalizar el mes de D'ul Ḥuḡat (290).

Año 291

En este año hizo una expedición con las tropas « aṣṣaifa » Aban, hijo del Emir °Abd Allāh, confiando el mando al general Aḥmad b. Muḥammad b. Abū °Abda. Dicha expedición fue llamada « la expedición de Regio ».

Partió el ejército el día jueves seis del mes Ḥamādī segundo, cumpliendo su misión específica en el trayecto hasta llegar a las inmediaciones de Bobastro, capital del maldito °Umar b. Ḥafṣūn. Las tropas se dieron a la tarea de destruir la cosecha y a incendiar y arrasar las aldeas y casas aledañas. Luego avanzaron hasta la fortaleza de Bobastro, cercándola, de donde Ibn Ḥafṣūn salió a su encuentro. Entonces se produjo una sangrienta batalla durante la cual hubo muchas bajas entre muertos y heridos. En ella encontró su muerte Ibn Rubin, un alto oficial de Ibn Ḥafṣūn; mas en este primer encuentro tocó al ejército realista mayores pérdidas.

Al día subsiguiente la caballería del gobierno salió en misión de continuar su obra devastadora; pero Ibn Ḥafṣūn, que había recibido un gran refuerzo, contraatacó con su caballería; si bien en el fragor del combate Ibn Ḥafṣūn retrocedió ante el empuje de su enemigo, y lo

arrastró a un lugar donde tenía situado un destacamento seleccionado. Los realistas cayeron en la emboscada sufriendo grandes pérdidas en sus efectivos. En este lazo hábilmente tendido por los facciosos, murieron Zaidan Gulam Munder y Ibn Jazīma, en compañía de varios oficiales y muchos soldados. Pero pronto se produjo en las filas realistas una reacción enérgica : contraatacaron y, luego de una lucha con todos los efectivos y armas, dispersaron a los renegados, que, en su huida y desbande, ganaron las sierras abruptas, poniéndose a salvo.

Continuó luego el ejército su avance contra una comarca que pertenecía al Emir °Abd Allāh, pero que a la sazón se hallaba en manos de los sediciosos, bajo el mando del qaid Abū Al-°Abbas. En el combate fueron derrotados los renegados y quemadas las alquerías y las suntuosas iglesias que se levantaban en las inmediaciones de Bobastro. También sufrieron muchas bajas en hombres y pérdidas en el material de guerra ; pero no tardaron en reaccionar y cargar de nuevo sobre el ejército realista, causando pánico y confusión en sus filas. En este combate encontró su muerte Ibn Al-Faḥam y cayó prisionero Ibn Isma°il. Doce días permaneció el ejército realista en la región de Bobastro devastando todo cuanto encontraba a su alcance, para luego ir y acampar a la orilla del río que bordea esa ciudadela ; pero al poco tiempo la lucha entre los hombres de su ejército y las de los aliados de Ibn Ḥafṣūn se reanudó con todo vigor. Mas Dios otorgó el triunfo al gobierno, cuyos soldados infligieron aplastante derrota al enemigo, que huyó dejando algunos heridos y cuatro muertos. Todas las alquerías fueron quemadas, menos las de propiedad del emir Al-Munder.

Durante los combates del primero y segundo días hubo bajas por ambas partes, pero con un revés de los sediciosos. Entre tanto el incendio y la destrucción seguían su obra devastadora. Al tercer día, cuando el ejército realista se disponía a retirarse del lugar, fue atacado por el malvado Ibn Ḥafṣūn, que salió al fin de la jornada con una vergonzosa derrota, yendo a refugiarse a la propiedad de Al-Munder. En este último descalabro perdió muchos hombres de sus contingentes y gran cantidad de caballos. Entretanto el ejército realista prosiguió su marcha contra Loja, registrándose una escaramuza con los pobladores de Turs, que salieron en son de guerra. Los derrotó el general Aḥmad b. Muḥammad, persiguiéndolos hasta las puertas de su castillo, dando muerte a su mejor jinete, el conocido por « Aju Zaini » — hermano de Zaina —. Después de estrechar el asedio de la fortaleza y bombardearla con sus catapultas, la abandonó sin poder reducirla, debido a su inexpugnable fortificación. En su avance devastaba las sementeras y quemaba las aldeas. Acampó

en un pueblo de Mesena de Gabra en un día sábado cinco de Ramadán. Después de permanecer varios días allí, volvió a Córdoba. Esta expedición duró tres meses y dieciséis días.

Año 292

En este año la expedición estival de los aṣṣaifas se dirigió contra °Umar b. Ḥafṣūn, cuyos castillos y fortalezas fueron reducidos uno a uno, muchos de los cuales solicitaron la paz, entrando en la obediencia. Con el pago de los tributos el ejército realista levantó el asedio y formó una alianza con sus moradores.

En dicho año se produjo la célebre batalla campal, en que sufrió una derrota aplastante el malvado Ibn Ḥafṣūn en el valle Belón. Este renegado había recibido un refuerzo considerable de sus aliados, con el cual retó a duelo, en una batalla decisiva, a los generales del gobierno. La respuesta de éstos no se dejó esperar, acudiendo prestos al lugar donde ambos ejércitos se trabaron en una lucha feroz y gigantesca. Ibn Ḥafṣūn animaba a sus huestes a seguir luchando sin desmayo, pero todo fue inútil. Los realistas, después de una dura prueba en el campo de batalla, infligieron al enemigo una derrota sin igual, dejando a lo largo de los caminos muchos muertos y heridos. Ibn Ḥafṣūn huyó cubierto de vergüenza en compañía de uno solo de sus *hermanos*, Yahia b. Baqa, que fue apodado Mištar — compañero tunante — en la citada batalla. Este apodo, que le acompañó toda su vida, le fue puesto a raíz de un suceso acaecido en ese combate.

Año 293

En este año fue sitiado Fahr b. Asad en su fortaleza de °Uṣ — el nido — en la provincia de Jaén. Luego de conquistar el ejército realista dicho fuerte, tomó prisionero a Fahr y le envió a Córdoba, donde fue crucificado en el mes de Rab'ī Ājar.

En el mismo año conquistó el general Aḥamad b. Muḥammad b. Abū °Abda la fortaleza de Qanit, de la provincia de Tacarna. Expulsó de ella a todos los Banū Jāli, dejando allí una guarnición y un representante del Emir.

En dicho año fue destituido de la prefectura de la ciudad Muḥammad b. Umayya b. Šahīd, reemplazándolo Muḥammad b. Gānim, cuyo cargo duró seis meses. Seguidamente reemplazó a éste Musa b. Muḥam-

mad b. Ýadir, que fue el último prefecto de Córdoba, durante el reinado del Emir °Abd Allāh.

Año 294

En este año hizo su expedición con el ejército de verano el príncipe Abān b. Al-Amir °Abd Allāh, al mando del general Abū Al-°Abbas Aḥmad b. Muḥammad b. Abū °Abda. Acampó en Algeciras — Al-Ýazira Al-Jadrá, isla verde — el día viernes, nueve días antes del fin de Raýab. Permaneció el ejército en este lugar ocho días, durante los cuales las tropas se dedicaron a echar por tierra todo cuanto encontraban en su camino. Después avanzaron contra Regio, que a la sazón se hallaba en poder de Musāir b. °Abd Al-Raḥman, con quien se trabaron en pelea a las puertas de la ciudad. Así que las tropas hubieron incendiado los arrabales y lugares adyacentes, solicitó Musāir la paz y entregó rehenes en garantía de sumisión. De allí se trasladó el ejército a las costas, recorriendo las alquerías de los insurrectos. Seguidamente pasó por Elvira, volviendo luego de allí a Córdoba en el mes de D'ul Qa°dat del mismo año.

Año 295

Con las tropas aṣṣāifas realizósé la expedición de Abān b. Al-Amir °Abd Allāh, al mando del qaid Abū Al-°Abbas Aḥmad b. Muḥammad b. Abū °Abda atacando todos los lugares cercanos a Bobastro, incendiando, destruyendo y devastando.

En este mismo año se alzó en armas Sa'id b. Walīd b. Mastana en contra del Emir °Abd Allāh, cediendo la fortaleza de Balda al renegado °Umar b. Ḥafṣūn su émulo. En el citado año se hizo cargo de la prefectura de Córdoba Muḥammad b. °Ubaid Allāh b. Abū °Uṭman, quien a los dos días renunció al cargo, que volvió a ocupar Musa b. Muḥammad b. Ýadir.

JOSÉ E. GURÁIEB.

(Continuará)